



(+di)



Sobre *El pensamiento heterosexual y otros ensayos* (de Monique Wittig), Traducción de Javier Sáez y Paco Vidarte, Madrid, Egales, 2006, 127 p.

María Eugenia Martí
(UNR)

Los términos que componen el título original de este libro, *The straight mind*, revelan una multiplicidad de sentidos que muestran las posibles construcciones político-ideológicas ocultas tras ciertos aspectos naturalizados de la realidad. Si tomamos el vocablo anglosajón *straight* en toda su polisemia, veremos que podemos traducirlo, en un principio, por *heterosexual*, y sin embargo, como todo concepto construido a partir de oposiciones binarias basadas en dicotomías éticas, la idea de *straight* abarca también nociones como *lo correcto*, *lo derecho*, *lo recto*, *lo adecuado*, que son las otras traducciones posibles de la palabra: un campo semántico que provee a “heterosexual”, por contigüidad, de un universo de cualidades deliberadamente marcadas. Al mismo tiempo, por obra y gracia del efecto de oposición, la idea de lo *straight* crea una serie antitética que se inaugura con homosexual y carga con los atributos de *lo desviado*, *lo invertido*, *lo incorrecto*. La heterosexualidad, dirá Wittig, es un régimen político de dominación, cuyo poder se ejerce también desde lo simbólico, convirtiéndolo en la forma exclusiva de representar y moldear la realidad. *Mind* significa *mente*, o *pensamiento*, si lo tomamos sólo en su aspecto nominal, pero desde su funcionamiento verbal también es *lo que importa*, el pensamiento que construye el mundo a partir de una serie de categorías y lineamientos diseñados de acuerdo a ciertos principios reguladores. Ese mundo, por efecto de naturalización, se convertirá en una hostil red de configuraciones posibles que crea “otros” oprimidos, un universo del cual, según la propuesta de Wittig, es posible desertar.

En la obra de Wittig literatura, teoría, y política conforman una sola praxis multidimensional. Su literatura, militante y comprometida, muchas veces puede ser leída como manifestación material de los principios estipulados en su teoría, que, a su vez, desborda los límites de la especulación hacia el accionar político y la responsabilidad literaria. Su labor filosófica tuvo el mérito de poner en cuestión premisas básicas de la teoría feminista precedente, produciendo una apertura necesaria y productiva dentro del mismo Movimiento de Liberación de las Mujeres del que Wittig había sido precursora. Su aporte al cambio de perspectiva más importante que se ha dado dentro del movimiento puede ilustrarse en un solo instante: el momento de silencio y estupefacción que invadió la sala de conferencias llena de militantes feministas donde Wittig pronunció la frase: “Las lesbianas no son mujeres”. Esas simples palabras irrumpieron con una potencia política de ruptura inigualable, demostrando que el punto de vista debía ser desplazado dentro del feminismo. La afirmación de Wittig revelaba que “la Mujer”, ese sujeto imaginario al que apelaban las feministas, esa construcción esencial, no era más que un mito, insuficiente y condicionado por las regulaciones del sistema de pensamiento heterosexual, que deja afuera a las que no son mujeres por no estar insertas en ese régimen político de opresión que es la heterosexualidad, y del cual la lesbiana es prófuga, desertora de clase. El feminismo se vio obligado a ampliar el sujeto de su teoría y de su praxis



(+di)



política a una multiplicidad incómoda y no estática de posibilidades; la lesbiana prófuga de Wittig es una de las notas de disidencia de una larga lista de sujetos excéntricos, de habitantes de las diferencias, de inapropiadas inapropiables, como las representantes del *black feminism*, las mestizas, y otras pobladoras del reino del Nunca Jamás, que llamaron la atención sobre la necesidad de bajar del podio la noción esencial y mítica de la Mujer, en mayúscula singular.

El pensamiento heterosexual es una colección de ensayos claramente dividida en dos partes. La primera mitad, que comprende cinco artículos previamente publicados en revistas feministas o pronunciados en conferencias, está construida sobre un enfoque político y filosófico que Wittig llama *lesbianismo materialista*. A partir de tal posicionamiento, definirá a la heterosexualidad no como orientación sexual, sino como un régimen político que se basa en la sumisión y apropiación de las mujeres, su producción y reproducción. Dirá Wittig: “No hay escapatoria del régimen heterosexual, lo único que se puede hacer es resistir como prófuga, como esclava fugitiva, como lesbiana”. Allí también plantea una crítica a la dialéctica, que históricamente se limita a reducir todos los aspectos de la realidad a dos términos, dejando afuera una serie de conflictos desestimados como simples “anacronismos del capital”. Es imprescindible, asegura, “dialectizar la dialéctica” y tener en cuenta que el orden simbólico es tan parte de la realidad como el político y económico.

Wittig intenta demostrar que la ideología de la diferencia sexual oculta la oposición entre hombres y mujeres poniendo la naturaleza como su causa, y ocultando que la categoría de sexo es política y funda a la sociedad como heterosexual. Por lo tanto, planteará que es necesario destruir política, filosófica y simbólicamente las categorías de “hombres” y “mujeres” como han sido entendidas históricamente: categorías dadas, constituidas por rasgos biológicos o fisiológicos. Hablar de dicha oposición en términos biológicos es intentar disimular que las diferencias sociales implican siempre un orden económico, político, ideológico. No hay sexos, sino solo un sexo oprimido y otro que oprime, de modo que es la opresión la que crea al sexo y no al revés. El pensamiento dominante heterosexual es el que crea la ilusión de los sexos como algo que precede al pensamiento y a la sociedad. Por eso, dirá Wittig, es una tarea necesaria para el feminismo destruir el mito de *La Mujer* como categoría esencial, ya que la pretendida universalidad del concepto descansa sobre la idea de las mujeres como grupo natural, biológico, lo que vuelve la oposición entre hombres y mujeres una fatalidad inamovible. Si, en cambio, se define en términos materialistas tal relación, lo que se entendía como diferencia se convierte en lucha de clases, permitiendo pensar las categorías de “hombre” y “mujer” como políticas y económicas, o sea como variables, y no como eternas e inmutables. Por más que se haya admitido en los últimos tiempos que no hay naturaleza, que todo es cultura, sigue habiendo en esta cultura un núcleo de naturaleza que resiste al examen, una relación excluida de lo social en el análisis que reviste un carácter de ineluctabilidad: es la relación heterosexual, o sea, la relación social obligatoria entre “el hombre” y “la mujer”. Wittig afirma, sin embargo, que es posible ir más allá del contrato social heterosexual: los hombres y mujeres, en tanto clases y categorías de pensamiento y lenguaje deben desaparecer económica, política, e ideológicamente, y la propuesta de la autora no constituye solo un precepto teórico, o un programa literario que recompone en su obra por medio de la supresión de las marcas de género, sino más bien un objetivo político.



(+di)



Los cuatro artículos que comprenden la segunda parte de esta colección abordan una cuestión central para Wittig: la escritura, una programática literaria deudora de su filiación con el *Nouveau Roman*, donde demuestra la relevancia del trabajo sobre la forma y la inscripción política a partir del punto de vista.

En “El punto de vista, universal o particular” analiza cómo una obra artística puede perder su potencia, desvanecerse, cuando no se perciben las formas literarias porque el aspecto temático predomina, reduciendo todos los aspectos de la obra al tópico textual. Allí plantea que hablar de escritura femenina es un error, ya que dicha expresión supone un mito, no una realidad: el de La Mujer (formación imaginaria y no realidad concreta) lo cual supone un retroceso respecto de la corriente política comprometida, que cuestiona las categorías de sexo en la filosofía y las ciencias humanas. “*El género es el indicador lingüístico de la oposición política entre los sexos*”, dice Wittig. No hay dos géneros sino uno: el femenino, porque lo masculino no es un género, sino lo general. Entonces lo femenino se convierte en marca de lo particular, y esa carencia de universalidad, dificulta la constitución del sujeto, la adopción de un punto de vista literario válido. Por eso afirma que todos los escritores minoritarios deben pelear una batalla a dos frentes: en el nivel formal, dentro del debate actual de la historia literaria, y en el nivel conceptual, contra los presupuestos del pensamiento heterosexual. La propuesta de Wittig es asumir un punto de vista particular y también universal, trabajar para alcanzar lo general, aunque se empiece desde un punto de vista particular.

El artículo “El caballo de Troya” trata la cuestión del lenguaje como materia prima para el escritor, y del violento impacto de las formas literarias innovadoras sobre su contexto. Toda obra literaria con una nueva forma es un caballo de Troya, plantea Wittig, una máquina de guerra, porque su objetivo es destruir las viejas formas y las reglas convencionales. Tal obra, como el famoso engaño aqueo, se produce siempre en territorio hostil, y mientras más extraño resulta, más tiempo tarda en ser aceptado. Y tal extrañeza no se encuentra en lo que se suele denominar “obras literarias comprometidas”, que no son más que otra formación mítica como la “escritura femenina”; dicha extrañeza intrínseca no se constituye como un problema ético, sino como uno práctico. En literatura es necesaria una operación de reducción que transforme el lenguaje en materia neutra. Solo ahí se puede trabajar con las palabras y darles una forma que desautomatice, que golpee, que cause extrañamiento. La historia interviene en literatura solo de manera individual y subjetiva: a partir del punto de vista del escritor. Por eso, su tarea más importante es universalizar su punto de vista, única manera de lograr que una obra se transforme en una máquina de guerra.

“La marca del género” examina el significado original del género como expresión del índice lingüístico de la opresión material de las mujeres. Wittig afirma que la noción de género en el lenguaje es una marca única, el único símbolo léxico que refiere a un grupo oprimido. Erradicarlo no solo modificaría al lenguaje en su nivel léxico, sino que perturbaría su propio funcionamiento y estructura. Tal transformación en el nivel conceptual filosófico, político, y poético podría lograr la suspensión de la diferencia lingüística que se proyecta a realidad social según la cual lo masculino es lo universal y lo femenino debe decir su particularidad.

Finalmente, en el artículo “El lugar de la acción”, que cierra el libro, Wittig explora el lenguaje como último contrato social. Inspirado en la obra de Natalie Sarraute, en su particular construcción de



(+di)



uni(+di)versidad
publicación del Programa Universitario de Diversidad Sexual

personajes basada en la interlocución, en un diálogo vivo con todos sus efectos y accidentes, plantea que los lingüistas sólo tienen un punto de vista anatómico del lenguaje, mientras que la novela no tiene que ponerse límites, ya que puede recoger causas, efectos y actores. El uso de la palabra es el tema exclusivo de los libros de Sarraute, el sujeto se construye como interlocutor y la relación entre locución e interlocución, las dos modalidades posibles del lenguaje, quedan irresueltas deliberadamente, demostrando un doble movimiento que confirma que solo en literatura el contrato social del lenguaje puede desgarrar el tejido material de los tópicos, evitando que moren y se asfixien, que se organicen en un solo sistema de sentido obligatorio.